

LOLA REY

No por
primera vez

NO ERA LA PRIMERA VEZ
QUE LE ROBABAN EL CORAZÓN,
PERO SERÍA LA PRIMERA VEZ
QUE NO QUERRÍA RECUPERARLO



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Rey, Lola
No por primera vez, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2014.
288 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-78-7

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-1405-78-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi madre.

CAPÍTULO I

Louis Fergusson observaba cómo su mejor amigo daba el “sí quiero” a la mujer que amaba y, a pesar de la alegría que experimentaba por la evidente felicidad del que consideraba casi como un hermano, sentía una punzada de desilusión. Junto con su hermano gemelo André y su común amigo Tyler Collingwood habían formado un triunvirato inseparable, habían disfrutado de innumerables horas de diversión, se habían hecho confidencias y se habían sacado de apuros unos a otros en más de una ocasión. En ese momento André estaba de viaje en Ceilán, donde pretendía abrir una filial de los negocios familiares, y Tyler contemplaba a su flamante esposa con una mirada de adoración tan innegable que Louis supo, sin lugar a dudas, que los días de correrías juntos habían finalizado para siempre.

A pesar de tener ya veintinueve años y de las cada vez más directas insinuaciones de su padre, Louis no sentía el más mínimo deseo de casarse. Sabía que sería un pésimo marido, incapaz de permanecer fiel a una misma mujer. No sentía ninguna inclinación por la vida hogareña, no encontraba placer

con una mujer más que entre las sábanas y reconocía que era demasiado depravado como para conformarse con los almibarados encantos y más que dudosas habilidades que una dama de buena cuna podía ofrecer. Él las prefería experimentadas, meretrices lujuriosas, de esas que pueden hacerle olvidar a uno hasta el propio nombre.

En ese momento su pequeña sobrina Christie, hija de su hermana, la condesa de Kent, tironeó de su pantalón. Al observar el adorable rostro pecoso, Louis esbozó una sincera sonrisa y alzó a la niña en brazos.

—Tío, ¿crees que cuando me case seré tan bonita como Edmée?

Louis miró a la esposa de Tyler con atención y el ceño fruncido, como si sopesara con cuidado la respuesta. Debía reconocer que Edmée Collingwood era una mujer preciosa. Los rasgos finos y elegantes, la negrura del cabello sedoso en contraste con los grandes ojos grises y la suavidad de su boca rosada conformaban un conjunto digno de contemplar. Recordó que una vez la había tomado por una mujer de vida alegre y tuvo la decencia de sentirse un tanto avergonzado. Volvió la mirada hacia su sobrina y exclamó con seriedad:

—Pienso que serás la novia más hermosa que haya existido nunca.

—¿De verdad?

El corazón de Louis se sintió reconfortado por la mirada de adoración de la niña.

—Por supuesto que sí, Christie —dijo por completo convencido.

La pequeña lo abrazó con fuerza, y Louis depositó un suave beso en su cabello cobrizo mientras pensaba que, a fin de cuentas, el matrimonio sí tenía una inmensa ventaja y, por primera vez en la vida, durante un fugaz instante pensó en la idea de ser padre.

—Disculpe, señor Fergusson.

Louis giró; vio ante él a la señorita Graham. Una sonrisa algo cínica le tironeó el labio superior. Ayleen Graham era la institutriz de sus sobrinos, Robert y Christie, y del hijo de Tyler y Edmée, Adam. Desde el primer momento en que se habían visto, ella había reaccionado con mal disimulada antipatía. Aunque en un principio él se había sentido desconcertado por el poco éxito que sus artimañas de seductor habían tenido con la joven, pronto la actitud distante y desaprobadora de ella se había convertido en una constante fuente de diversión. Suponía que la señorita Graham censuraba su modo de vida y, aunque en un primer momento se había sentido fastidiado, pronto había descubierto que burlarse de ella y provocarla era mucho más divertido que ignorarla.

Con descaro la miró de arriba a abajo y, a su pesar, tuvo que admirar su elegante figura. La señorita Graham era una mujer alta y muy bien proporcionada, con hombros rectos y cintura que se afinaba de una manera muy femenina. Tenía el cabello castaño y abundante, lleno de suaves rizos y ojos marrones orlados de espesas y largas pestañas negras. Louis se sentía en especial fascinado por un oscuro lunar que tenía junto al rabillo del ojo derecho. Era en verdad muy atractiva por lo que él no podía menos que lamentar que fuese tan fría y censoradora.

—Oh, vaya, señorita Graham. Veo que a usted también le gustan las bodas.

Ella lo miró como si él fuese el más despreciable de los insectos y levantó la barbilla.

—Por supuesto que me gustan. Además, me siento muy contenta por el señor y la señora Collingwood, estoy segura de que serán muy felices.

—Oh, claro, por supuesto. —No resistió la tentación de importunarla un poco más, se acercó a ella y le susurró junto al oído—: ¿Acaso no soñaba usted con ocupar el lugar de la señora Collingwood?

Louis notó cómo ella inspiraba el aire con fuerza y echaba chispas por los ojos entrecerrados.

—Lo que usted sugiere es del todo indecente, más propio de un desalmado que de un caballero.

Louis se limitó a lanzar una seca carcajada, mientras la señorita Graham lo fulminaba con la vista y apretaba los puños a los lados de su cadera.

—Deme a Christie; la cena de los niños ya está lista.

Sin añadir nada más, Louis le tendió a la niña que se abrazó con fuerza al cuello de la institutriz mientras comenzaba a parlotear sobre cualquier cosa, ajena al disgusto que su tío había provocado en su querida niñera.

* * *

Durante la cena tipo bufet que se sirvió en Riverland Manor, Louis charló en forma animada con su hermana, su cuñado y algunos invitados. Se alegraba de compartir esos

momentos en familia, sin embargo deseaba marcharse de allí a preparar su equipaje. Tenía previsto viajar unos días a París, donde unos meses atrás había conocido a una joven cantante con la que había iniciado una apasionada relación. Necesitaba unos días de descanso, alejarse de los negocios, de la nostalgia que sentía por la ausencia de su hermano y de la decepción por el hecho de que Tyler se hubiera convertido en un hombre casado. En ese momento divisó al objeto de sus pensamientos solo, mientras bebía con aire pensativo una copa y observaba a Edmée que charlaba en forma animada con la señora Duncan. Se acercó a él y le dio un ligero golpe en el hombro.

—¡Ey, Louis! Apenas te he visto.

—En cambio, yo no he dejado de observarte a ti, Tyler, y de admirarme por lo que veo. Parece mentira, casado y con un hijo.

Tyler le sonrió con afecto y le palmeó el hombro.

—Así es; créeme si te digo que no puedo imaginar un destino mejor.

—¡No hablas en serio! —Louis miró a su amigo con un horror no del todo fingido dibujado en la mirada.

—Por supuesto que hablo en serio, por mucho que te cueste creerlo.

Louis se limitó a mover la cabeza con una sonrisa ligera y un gesto de incredulidad.

—Es más, cuando llegue tu momento, caerás rendido sin apenas darte cuenta de lo que te sucede.

—Te equivocas. No te niego que llegue a casarme algún día, pero te aseguro que el amor no está hecho para mí.

Tyler se reconoció a sí mismo no demasiado tiempo antes en las palabras de su amigo y sonrió con condescendencia.

* * *

Ayleen trataba de concentrarse en la incesante charla de los niños mientras los ayudaba a cambiarse para irse a la cama. Por lo general, era la madre de los pequeños, la condesa de Kent, la que compartía esos momentos con ellos, pero esa noche todos estaban muy ocupados en la celebración de la boda del señor Collingwood con la señorita Gordon. “La señora Collingwood”, se corrigió en la mente. Iba a ser difícil acostumbrarse a llamarla así, ya que habían convivido en forma muy estrecha dedicadas ambas al cuidado de los niños; incluso, habían llegado a intimar.

—Señorita Graham, ¿verdad que la señorita Gordon estaba guapísima?

—Sí, Christie, es cierto, aunque ahora ya no es la señorita Gordon, sino la señora Collingwood.

—Ella nos ha dicho que podemos llamarla tía —intervino Robert, el hijo mayor de los duques de Kent, que estaba a punto de cumplir nueve años.

—Por supuesto, ahora lo es.

—¡Eso es genial! ¿Verdad, señorita Graham?

—Claro que sí, Christie.

Ayleen se alegraba muchísimo por Edmée, quien, por cierto, había sufrido mucho en su corta vida y merecía contar con el amor y la protección del señor Collingwood que, a todas luces, la adoraba. Sin embargo, amargos recuerdos

la inundaron y la conocida ansiedad que a veces la dominaba amenazó con apoderarse de ella. Hizo acopio de la férrea fuerza de voluntad que le había permitido sobrevivir, apartó los tenebrosos pensamientos y sonrió a los niños.

—Se acabó la charla por hoy. Vamos a rezar nuestras oraciones.

* * *

Tras dejar a los niños apaciblemente dormidos, Ayleen se retiró a su dormitorio mientras escuchaba las risas y la música provenientes de la planta baja. La imagen de Louis Fergusson acudió a su mente y los labios se le fruncieron en un gesto de disgusto. Él encarnaba todo lo que despreciaba en un hombre; nunca llegaría a comprender cómo lady Collingwood, que probablemente era la mejor persona que conocía, pudiese ser hermana de ese ser tan depravado.

Era consciente de que Louis había intentado seducirla desde el primer día que la conoció y no ignoraba que, en otra época, le habría costado mucho resistirse al embrujo de los ojos color ámbar y el gallardo porte del joven, sobre todo si desplegaba ese encanto que ella sabía que poseía. Pero ya no era una joven crédula e inocente, tenía veintiséis años y había vivido experiencias que la habían despojado para siempre de todo candor. No podía negar que Louis Fergusson era atractivo casi hasta lo increíble: alto, de hombros anchos, piernas largas y firmes, abundante cabello cobrizo, con unos brillantes ojos ámbar que insinuaban con picardía todos los placeres que podía proporcionar a una mujer; pero no era menos cierto

que ella estaba decidida a no sucumbir jamás ante un hombre, menos ante uno como Louis, que usaba a las mujeres sin importarle lo más mínimo los sentimientos ajenos.

* * *

La niña observaba con grandes ojos marrones el enorme ataúd de madera que presidía la pequeña sala de su humilde casa. Dentro de él, su madre, inmóvil, permanecía con los ojos cerrados, sorda a las súplicas constantes de que se levantara para que su padre dejara de llorar. Pálida y demacrada, la madre permanecía cruelmente indiferente a esos requerimientos.

Algo más tarde, el padre cerró el ataúd y algunos vecinos, serios y con una profunda mirada de lástima, lo ayudaron a cargarlo. Fue entonces cuando el pánico se apoderó de ella. ¿Dónde se llevaban a su madre? ¿Por qué cerraban la caja? Estaba segura de que debía de estar muy oscuro allí dentro. Cuando comenzó a gritar, la señora Beason la agarró por los hombros y trató de calmarla. Su padre la observó con la mirada perdida y, con una voz que ella apenas reconoció, susurró:
—Ayleen, ahora estamos solos tú y yo.

* * *

Louis entró sin llamar en el despacho de su padre. A pesar de que el señor Fergusson había visto disminuidas sus obligaciones en forma considerable desde que sus hijos se habían hecho cargo de la mayoría de los asuntos relativos a los múltiples negocios familiares, pasaba la mayor parte del día en el des-

pacho. Louis suponía que no sabía hacer otra cosa. Desde que su madre había fallecido, cuando él y su hermano eran poco más que niños, su padre se había dedicado en cuerpo y alma al trabajo hasta el punto de convertirse en uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Con una enorme fuerza de voluntad y un instinto privilegiado para los negocios, había convertido el pequeño comercio de Dumfries, su localidad natal, en un imperio importador de productos de uso común a bajo precio que estaban al alcance de las clases menos favorecidas, como comerciantes, trabajadores y campesinos, productos que a ellos les reportaban unos beneficios ingentes.

Su padre alzó la cabeza, y Louis lo contempló durante unos segundos. Frank Fergusson semejava a un viejo y orgulloso león: una abundante cabellera cana junto a un poblado bigote coronaban a la perfección un cuerpo alto y robusto. Aunque ya se encontraba muy cercano a los setenta, Louis sabía cuánta fuerza y voluntad anidaban aún en él. Infravalorarlo era, sin duda, un error.

—Buenos días, padre.

El anciano respondió con un murmullo ininteligible; lo invitó con la cabeza a que tomara asiento. Así lo hizo.

—Louis, va siendo hora de que tomes ejemplo de tu amigo y te cases.

No se sorprendió por la franqueza de su padre. Estaba acostumbrado a que le hablase sin ningún tipo de circunloquio; ya hacía varios meses que lo importunaba con el mismo tema.

—Padre, ese es un asunto que me corresponde decidir a mí, ¿no cree?

Frank Fergusson miró a su hijo con los ojos entrece-
rrados. Hacía ya mucho tiempo que su otrora obediente hijo
había perdido el temor a sincerarse con él. De hecho, a veces,
hasta parecía que le gustaba enfrentarlo por el simple placer
de mantener una discusión. Frank, en el fondo, se sentía pleno
de orgullo. Su hijo se había convertido en un hombre seguro
de sí mismo, un hombre soberbio, en el que él, poco a poco,
había comenzado a delegar cada vez más los negocios familia-
res. Tan solo había un asunto en el que no lograban ponerse de
acuerdo: el relativo al matrimonio.

—No veo que estés haciendo ningún progreso en ese
sentido.

—Por supuesto contraeré matrimonio alguna vez, pero
yo decidiré cuándo. —Lanzó una mirada admonitoria a su pa-
dre y añadió—: Y con quién.

Frank Fergusson dio un resoplido, pero no dijo nada
más. Alzó una silenciosa plegaria para que el muchacho de-
mostrara buen sentido a la hora de elegir futura esposa, pero
sabía que era mucho esperar. Consciente de que la conversa-
ción los llevaría a un callejón sin salida, decidió olvidarse del
tema.

—Bueno, dime a qué has venido.

—He venido a despedirme.

—¿A despedirte?

—Me marcho un tiempo, un mes quizás, a París.

El padre trató de esconder el gesto de desaprobación,
pero no lo consiguió del todo.

—Supongo que no es por asuntos de negocios, ¿me equi-
voco, Louis?

—No, no se equivoca, padre, son asuntos personales.

—Ya.

Louis chasqueó la lengua con fastidio porque adivinó la censura en el gesto silencioso de su interlocutor y exclamó:

—Padre, Davis se ocupa de todo a la perfección. —Se refería a su secretario y mano derecha—. No hay en este momento asuntos que requieran mi atención. Si aparecieran, él sabrá dónde localizarme; en ese caso, en un par de días estaría de regreso.

—Entonces, no me queda más que desearte buen viaje, ¿no?

Tras un tenso silencio, Louis asintió.

—Gracias.

Cuando se disponía a salir, giró sobre los talones.

—Iré esta tarde a Riverland Manor a despedirme de Gabrielle y los niños. ¿Le gustaría acompañarme?

—No, ve tú solo; yo iré pasado mañana: es el cumpleaños de mi nieto.

Louis enrojeció un tanto. Había olvidado por completo la fecha y, por supuesto, no tenía ningún regalo para Robert.

* * *

Gabrielle salió alborozada a recibir a Louis que la miraba con admiración, lleno de orgullo hacia su hermana pequeña. La duquesa de Kent era una mujer de una belleza soberbia, pero él sabía que no había ni un gramo de vanidad en ella.

—¡Louis! ¿Qué bicho te ha picado? No puedo creer que nos visites dos días seguidos —añadió Gabrielle a modo de aclaración.

—Bueno, ayer se casó mi mejor amigo, mi presencia aquí no podía considerarse una visita precisamente.

—¿Acaso has venido a despedirte de Tyler? Si es así lamenta decirte que llegas tarde: han salido antes del amanecer.

—No he venido a despedirme de Tyler, sino de los niños y de ti, por supuesto.

Gabrielle lo miró con un mohín de disgusto en los labios.

—¡No me digas que tú también te marchas!

—Sí, pero será por poco tiempo, un mes a lo sumo. —No esperaba cansarse de Chloé tan pronto, pero tampoco le gustaba pasar demasiado tiempo con la misma mujer; eso les hacía concebir esperanzas que él no estaba dispuesto a alimentar.

—Primero André y ahora tú: ¿adónde te manda ahora nuestro padre?

Louis carraspeó algo incómodo; a diferencia de André, a él lo movían otros asuntos, mucho más placenteros.

—En realidad, nuestro padre no tiene nada que ver con este viaje.

Gabrielle enmudeció y lo observó con fijeza durante unos segundos.

—Comprendo.

Louis no quería que su hermana le hiciese preguntas, no le gustaba hablar sobre su vida privada con quien sabía que, aunque no lo dijera, lo censuraría. Veía la evidente felicidad que ella disfrutaba junto a su esposo y sus hijos; Tyler Collingwood, antiguo compañero de correrías, le había asegurado que el matrimonio que recientemente había contraído no tenía nada que ver con que tuvieran un hijo en común: para su

sorpresa, había declarado que jamás había deseado nada con tanta intensidad como unirse para siempre a Edmée Gordon. Pero, a pesar de las muestras de felicidad conyugal que observaba por doquier, sabía que la vida matrimonial no estaba hecha para él, no era capaz de ver ninguna ventaja en convivir con una mujer porque la sociedad así lo demandaba. Sería distinto si encontrase una compañera a la que pudiese amar, una mujer que fuese su igual, pero no tenía más remedio que ser escéptico al respecto, dado que llevaba quince de sus veintinueve años acostándose con mujeres y las había conocido de todas clases: hermosas, sensuales, anodinas, voluptuosas, divertidas, serias, profundas, superficiales, inteligentes, bobas, pero ninguna había dejado huella en él. Había perdido la esperanza de encontrar una mujer que lo hiciese desear abandonar tan adorada soltería.

Gabrielle, consciente del pesado silencio que se había instalado entre ellos, hizo un gesto conciliatorio con la mano.

—No te quedes ahí de pie, Louis, pasemos a la salita, charlaremos más tranquilos. —Como para disipar el imperceptible momento tenso que acababan de vivir, se acercó y lo abrazó con fuerza. En ese instante, un suave gemido la sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? —Al bajar la vista se percató de que su hermano llevaba en la chaqueta un extraño bulto oculto que le había pasado desapercibido.

—Es para Robert, un regalo de cumpleaños. —Durante toda la mañana Louis había recorrido las granjas de la zona hasta que había encontrado ese adorable cachorro de labrador. Conocía lo suficiente a su sobrino como para saber que

le encantaría el regalo. Su hermana, en cambio, puso los ojos en blanco.

—¡Lo que me faltaba! ¡Toda la casa llena de perros! — Pero, a la vez que lo decía, extendía los brazos para que Louis le dejase el cachorro.

—Yo no diría que tener un cachorrito en un lugar tan grande como Riverland Manor pueda considerarse como tener la casa llena de perros.

—Espera que sea el cumpleaños de Christie; estoy segura de que no parará hasta que le regalemos otro cachorro a ella.

Louis sonrió divertido y reconoció la verdad en las palabras de su hermana.

—Te quedarás a cenar, ¿no?

—Sí, claro, ya sabes lo que pienso de tu cocinera.

Gabrielle sonrió complacida.

—Se lo diré a la señora Harrison, ya sabes que siente predilección por ti.

No era para menos. Louis desplegaba grandes dotes de seductor con la señora Harrison. Cada vez que se quedaba a comer en Riverland Manor alababa sus platos hasta la saciedad y le aseguraba que, cuando decidiese contraer matrimonio, ella sería la primera a la que se lo pediría. La señora Harrison fingía severidad ante tales grandilocuentes expresiones de agrado, pero lo cierto era que, en cuanto sabía que el joven estaba de visita, se afanaba en preparar los platos que más le gustaban.

—Antes de cenar me gustaría pasar un rato con los niños, quiero despedirme de ellos.

—Les encantará verte. Si quieres subir, con toda probabilidad los encontrarás en la sala de juegos.

Él asintió, tomó al cachorro en las manos y se dirigió a las habitaciones superiores.